

¿TENEMOS DERECHO A CONVERTIRLOS?

Juan Francisco Nothomb

Santa María de Erebato
(Versión castellana de
LUIS R. OCANDO ORIA)

El vivir largamente en un medio primitivo es una experiencia muy enriquecedora que se da a muy pocos hombres, aparte de los misioneros cristianos. Para éstos, por lo tanto, dicha experiencia no puede nunca ser una simple experiencia humana, puesto que su papel trasciende toda obra terrestre, aun cuando debe permanecer enraizado en la humilde realidad humana de cada día.

Es también una experiencia enriquecedora la que vive el mismo misionero cuando pasa cierto tiempo en el mundo que se dice "civilizado". Allí está sometido a múltiples preguntas e interrogatorios, no sólo en relación con su propia vida, sino en relación con la vida de los hombres entre quienes ha sido enviado para ser el mensajero del Evangelio y fundar allí la Iglesia de la fe y de los sacramentos de la fe. Muy a menudo las preguntas desbordan los problemas concretos para llegar a algunas cosas más esenciales. Se aborda el problema mismo de la misión y, sobre todo, el de su justificación. Y en este plano siempre surge una pregunta en toda conversación un poco seria. Hela aquí: ¿No es un error el querer convertir a los hombres? ¿No es esto atentar contra su psicología profunda? ¿No es esto destruirlos y causarles un profundo traumatismo?

He aquí una interrogación seria que amerita una respuesta profunda y razonada. Esta pregunta se plantea aun en los medios auténticamente cristianos.

De hecho, esta cuestión va más allá del plano puramente religioso. Es todo el problema de la evolución de los primitivos el que se pone en discusión; aún más, el de la evolución a secas.

Pero, de hecho, ¿existe una evolución puramente humana? Para un cristiano, no. Para el cristiano, todo hombre, sin una so-

la excepción, está llamado a expandirse en Dios. Y no hay verdadera expansión humana sino cuando ésta es asumida y completada por el destino sobrenatural del hombre. De suerte que si un hombre llegara a una especie de plenitud total puramente humana, sin conocer la Verdad Divina, no alcanzaría en último término más que a un fracaso absoluto. La fe no hace mirar al hombre con una visión completamente nueva. Para ella no hay medias tintas, es sí o no. El dilema fundamental de todo hombre ¿no es acaso: "existe o no existe Dios"? Y según la respuesta que cada uno se dé, su vida tendrá una orientación totalmente divergente.

Y esto es independiente del hecho de que nosotros los cristianos estamos seguros de que la respuesta es positiva: Dios es "Aquel que no puede dejar de ser" ("antes que Abraham naciese, era Yo", Jn. 8, 58). Nosotros los cristianos sabemos lo que los no creyentes no saben. Y sabemos también que aquellos que, sin creer en Dios, buscan sinceramente la verdad de su ser, están en el camino de la salvación; y sabemos igualmente que nuestro mundo de pecadores está ya rescatado y que la gracia divina trabaja en el secreto de cada inteligencia y de cada corazón humanos.

Me parece que en la base de la pregunta planteada anteriormente hay como un error total de perspectiva. El cristiano que la plantea en realidad se coloca, para hacer el planteamiento, fuera de la mirada de la Fe. Como si se quisiera solucionar un problema —el del destino del hombre— que no es solucionable más que por la certeza de fe (para un cristiano, evidentemente), haciendo como si no se creyera. Actitud intelectualmente inverosímil, pero concretamente posible, porque el hombre está hecho así y el cristiano es un hombre, por lo cual puede tener actitudes to-

talmente ilógicas. Nuestra época, tan apasionada, encubre algunos errores de este género. Algunos sacerdotes obreros en Europa, hace diez años, bajo la influencia de un pensador dominicano, el Padre Montclard, profesaban la teoría de la necesidad absoluta del marxismo antes de pensar en la posibilidad de una evangelización del mundo obrero. De acuerdo con esta tesis falsa, habría habido como una interrupción posible en la redención de Cristo, como un momento durante el cual la redención no había podido actuar, como aceptando por un tiempo el error absoluto, en el caso del marxismo, la negación de Dios (1). Esta teoría todavía alienta en la inteligencia de numerosos cristianos.

Ella vuelve a surgir por otra parte aquí, en el dominio de la psicología profunda. Los que se especializan en esta ciencia, cada vez más importante para el conocimiento del hombre, y prestan tales servicios en todos los sectores de la vida, están incesantemente tentados de sucumbir a la tentación de hacer del psicoanálisis un absoluto, y de no considerar al hombre sino como una especie de psicología en estado puro, separándolo del dominio en el cual, y solamente en el cual, el hombre puede ser verdaderamente él mismo, el dominio de lo sobrenatural, el único que puede orientarlo hacia su verdadero fin y, por consiguiente, realizarlo y expandirlo: el dominio de la fe y de la caridad sobrenaturales. Todo hombre, por más descartado que esté en su psicología profunda, puede ser rescatado y elevado por la gracia divina. Por otra parte, el querer solucionar todos los problemas humanos mediante el psicoanálisis, es una ilusión profunda. El psicoanálisis nunca alcanza a todo el hombre. El querer juzgar, por ejemplo, en el dominio de la vocación religiosa o sacerdotal, sólo y en todos los casos por el consejo de un psicoanalista, es un error (2).

Sólo la gracia puede completar perfectamente el trabajo que puede comenzar el psicoanálisis. Y el psiquiatra cristiano no puede olvidar que el hombre lleva en sí mismo una raíz de pecado que es la fuen-

(1) Ellos no niegan evidentemente que Dios pueda salvar a los marxistas; niegan simplemente la posibilidad de recristianizar el mundo obrero antes de que haya sido transformado por el marxismo.

(2) Esto no menosprecia en nada el papel muy importante del psiquiatra que debe colaborar con los que tienen gracia de estado para juzgar respecto a una vocación religiosa o a la llamada del sacerdote. Pero es el error señalado aquí lo que está en la base de la decisión romana respecto a las experiencias psicoanalíticas de Cuernavaca.

te de todo lo que en su psicología profunda está más o menos desequilibrado. El pecado original es una enseñanza de la fe que muchos cristianos tienen dificultad de aceptar en nuestros días, pero que la realidad de cada día nos recuerda a cada instante. Y esta raíz de pecado no se suprime sino por la gracia. El querer hacer abstracción del pecado original nos coloca inmediatamente en el error, aun cuando seamos grandes psiquiatras. Muchos hombres de nuestros días, especialmente muchos hombres de ciencia, profesan de hecho, sin saberlo, la creencia de que la bondad perfecta es posible en esta tierra, y niegan, por tanto, el problema antológico del mal.

Es evidente que toda evolución lleva consigo una cierta dificultad, y aun puede causar traumatismos profundos, no sólo en los hombres individuales, sino también en pueblos enteros. El verdadero problema que se plantea a todo hombre que aporta alguna cosa nueva a otro es el de tratar de convencerlo respetándolo totalmente, convencerlo por la fuerza misma de la verdad, sin destruirlo. El verdadero problema es, por lo tanto, cómo hacer evolucionar, cómo ayudar la evolución, y no la evolución misma. Esto es un fenómeno universal que existe desde que los hombres existen y porque cada ser lleva en sí mismo algo de original, y este fenómeno durará tanto como el hombre. En el pasado, los contactos humanos estaban reducidos en comparación de lo que sucede en nuestros días, y la evolución respetaba más una justa medida. Hoy en día, lo que es grave es la velocidad con la cual se quiere hacer evolucionar a los hombres primitivos; esta velocidad no respeta ningún ritmo. Es alarmante la ingenuidad de ciertos evolucionistas que creen con un optimismo infantil en las virtudes inmanejables de la evolución; esto se encuentra en la mentalidad del hombre blanco y en la mayoría de los marxistas.

En nuestros días, querer abstraer a los hombres a la evolución o a la influencia de otros hombres es una ilusión, más que en cualquier otra época del pasado. Aún más, es un error el querer abstraer a ciertos hombres de la aportación de algunas cosas nuevas. Como si todo hombre no tuviera que aprender alguna cosa de su vecino. Cualquiera que sea el educador que confronta este problema de la evolución de los espíritus, y aunque el misionero o el antropólogo no pueden hablar propiamente de educadores puros, porque los primitivos no son niños (atención al paternalismo), existe todavía y existirá siempre entre los hombres un progreso por realizarse, aun entre los más evolucionados. ¿Qué diríamos si se quisiera impedirnos buscar libremente lo que nos parece ser la verdad, porque ello lleve consigo el riesgo de caer?

El riesgo es propio del ser libre. Querer negar el riesgo a los primitivos es ne-

gar su derecho a la libertad y su derecho a la verdad.

Y, por otra parte, no seamos ingenuos; el primitivo también está marcado por el pecado original, su psicología está igualmente obstaculizada y desviada. Su estado "infra" hace que, por efecto de ciertas circunstancias, haya quedado como al abrigo de graves peligros que han alcanzado ya profundamente al hombre más civilizado; y su situación geográfica le ha hecho vivir en un medio ambiente que no le impone más que el ritmo de la naturaleza, con un mínimo de artificial, lo cual lo ha ayudado a alcanzar un equilibrio de vida psíquica sano en su conjunto; y sus intuiciones religiosas esenciales, que son justas y expresadas por mitos, cuyo lenguaje nos muestra un cierto sonido de verdad, le han ayudado a permanecer fiel a una cierta parte de verdad que hace de él el inverso del ateo racionalista y que, por consiguiente, le ha ayudado a conservar un cierto equilibrio espiritual. Pero, atención, mientras más se vive en el medio primitivo, más se descubre su miseria y su terrible indigencia, en todos los planos, y cuán atacado está, tanto en su inteligencia como en su corazón y su psicología, por las dificultades engendradas por el mal. No se puede conocer un grupo humano sin una larga convivencia, y ésta nos hace entrar poco a poco en la verdad tal como es.

Y para volver al problema planteado al comienzo: "el cristianismo, al convertirlos, no va a disturbar su psicología profunda" (de donde viene el problema de la misión en cuanto tal y de su justificación), es necesario precisar bien esto. El mensaje evangélico ¿es verdadero o no lo es? ¿Es liberador o no? La verdad ¿tiene derechos o no los tiene? ¿No es mejor para la inteligencia humana que el error? ¿No tiene el hombre derecho a conocer la verdad? Querer transmitirle la verdad ¿no es, de hecho, respetarlo? El amor más auténtico ¿no desea acaso transmitir al amado lo mejor de sí mismo? ¿Jesucristo estaba

equivocado al decir a sus apóstoles que fueran por toda la tierra a anunciar el Evangelio a toda criatura? Jesucristo conocía al hombre mejor que el mejor de los psiquiatras (Jn. 2, 25). No tengamos miedo de la palabra, toda conversión implica, en cierto momento, un rechazo absoluto del error; existe este momento clave en toda conversión a la verdad, al cual no puede escapar ningún convertido y el cual no puede ser rechazado indefinidamente por el misionero más respetuoso de los valores autóctonos: es el momento en que el hombre se adhiere a la verdad revelada, que no ha podido conocer por sí mismo y que, por tanto, ha tenido que recibir de otro.

San Pablo, en nuestros días, no predicaría el Evangelio, se ruborizaría de él por el hecho de que la ciencia psicoanalítica le dijera que tuviera cuidado, con mayor precisión que en su tiempo? No lo creemos.

El objeto de este artículo no es el abordar todos los problemas que se plantean al misionero cuando busca la comprensión hacia el verdadero Dios, conocido y amado explícitamente. Es bien evidente que hay una ingenuidad probablemente aun en ciertos medios misioneros, que hace olvidar todas las graves responsabilidades que tiene el misionero frente a aquellos cuya vida debe finalmente transformar. Hay un respeto fundamental que está en la base de toda evolución y de toda evangelización. Entre los paganos nunca tiene lugar el mal absoluto o el imperio total del diablo. El misionero tiene mucho que aprender, aun de los primitivos. En este diálogo perpetuo entre la gracia divina y la libertad humana, no hay nada más respetuoso que la gracia divina para lo que constituye la nobleza más real del hombre: su libertad. San Pablo tiene páginas inolvidables sobre este punto. ¿Y Jesús? En toda su actitud, en todas sus palabras y en todos sus gestos, ¿tenía acaso el menor asomo de soberbia y de superioridad, la menor violación de nuestra libertad?

LA NO-VIOLENCIA

¿es el arma de los pobres?

TERESA ALVARENGA

En un barrio de marginados en las afueras de Medellín se llevó a cabo entre el 9 y el 13 de octubre un "Seminario Latinoamericano sobre los métodos de la no-violencia", con la participación de 40 de-

legados de 12 países. Entre los conferencistas de dicho Seminario se encontraban Jean e Hildegard Goss, presidentes internacionales del Movimiento de la Reconciación.